

Luz Gabriela Arango. *Mujer, religión e industria.* Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Universidad Externado de Colombia, 1991. 339 páginas.

La investigación de Luz Gabriela Arango presenta una visión diferente al tratamiento que hasta el momento se ha dado a la historia del movimiento obrero, ya que se enfoca en las características de las primeras trabajadoras textiles, su cultura y la red de relaciones sociales dentro de las cuales se desarrolló la actividad laboral además de las influencias de la empresa, la familia y la religión sobre su vida cotidiana.

Partiendo de que la historia del trabajo femenino es inseparable de la familia, las relaciones entre los sexos y sus roles sociales, llega a demostrar como "para la gran mayoría de las obreras la soltería prolongada y el trabajo igualmente prolongado en Fabricato son el resultado de una opción familiar: la de asegurar un ingreso estable a la familia cuando el padre no es proveedor y cuando la mayoría de los hijos se ha ido" (265). "Las hijas proveedoras solteras que pueden aportar un ingreso estable a la familia, representan una solución para la supervivencia del hogar de origen y la preservación de su papel dentro de la solidaridad familiar" (265). Por lo tanto el trabajo no le da independencia a estas mujeres, ya que no producen para sí mismas sino para la familia.

La investigación se desarrolla en Fabricato (ubicada en Bello), empresa que reúne los elementos más característicos de la industria textilera antioqueña. A través de una metodología rigurosa, que incluye la consulta de los archivos de la empresa, hojas de vida de las obreras y entrevistas a trabajadoras jubiladas y a obreras actuales, Luz Gabriela Arango logra elaborar un cuadro muy vivido del proceso que han sufrido las trabajadoras a través de las cuatro etapas en la vida de la empresa, cada una de las cuales presenta diferencias en cuanto a las relaciones laborales y familiares.

La primera etapa, de 1923 a 1944, se caracteriza por un marcado paternalismo, que se conjuga con la religión y la familia para asegurar un control total sobre las trabajadoras dentro y fuera de la empresa. La gran mayoría de las obreras de Fabricato son muy jóvenes, de origen rural y solteras, conformando una mano de obra dócil y económica. A las mujeres se les pagan salarios más bajos que a los hombres. La empresa no sólo rechaza el ingreso de mujeres casadas, sino que las obreras al casarse o quedar en embarazo deben abandonar la fábrica.

La empresa elabora estrategias dirigidas al personal femenino que contemplan no sólo su papel dentro de la producción sino su vida familiar y hasta sexual. La vigilancia sobre la mano de obra femenina llega al extremo de crear un internado para obreras, en 1935, manejado por una comunidad religiosa donde se les controla toda su vida privada y conducta moral para disponer de trabajadoras ideales: mujeres solteras hábiles y con una gran disciplina de trabajo, poco exigentes a nivel salarial.

El segundo período de 1945 a 1959 está marcado por el proceso de establecimiento de las técnicas de la ingeniería industrial en el proceso de producción. Las obreras son paulatinamente desplazadas de la industria hacia el sector de los servicios.

Dentro de la empresa se siguen empleando las mismas estrategias de la etapa anterior para controlar a las trabajadoras. La religión juega un papel importante: como parte de las actividades de la fábrica se practican ejercicios espirituales, procesiones a la Virgen del Rosario y a través del capellán se da una orientación cristiana al sindicato. Sin embargo se empieza a percibir un cambio respecto a la generación anterior; la mayoría de estas trabajadoras no conciben ya el trabajo como obligación o deber moral sino como un medio para obtener otro tipo de satisfacciones.

Durante la tercera etapa, 1960-1973, la aplicación de los métodos de ingeniería industrial se extienden, haciéndose más sofisticados y complejos. Se introduce la teoría de las relaciones humanas en un esfuerzo por mejorar la relación jefe-trabajador, lograr la identificación de los obreros con la empresa y así obtener la armonía capital-trabajo como difusión de una mentalidad integradora para obtener mayor productividad. Se presenta una crisis en los controles religiosos y la política de la empresa se inclina hacia el marginamiento de la mujer. Durante este período el ingreso de mujeres alcanza el nivel más bajo en la historia de la empresa. Sin embargo las trabajadoras presentan claras diferencias respecto a las de las épocas anteriores: un porcentaje importante son de origen urbano y poseen un nivel educativo superior.

Por último, la crisis y liberalización de 1974-1882. Durante esta época la empresa sufre un período de recesión que la obliga a parar la maquinaria. Se modifican las políticas de reclutamiento de mano de obra por la intervención del sindicato y del capellán que abogan por el ingreso de mujeres para aumentar el número de proveedores en las familias afectadas

por el deterioro del salario de los obreros. Esto permite el ingreso de una generación femenina radicalmente diferente a las anteriores en el sentido de ser predominantemente urbana y con escolaridad superior. Son en su mayoría jóvenes solteras que rápidamente se casan o asumen el papel de madres solteras. Dentro de la empresa se desarrolla una política de tolerancia al matrimonio y embarazo de las trabajadoras y el elemento religioso pierde importancia como factor de vigilancia moral y disciplinaria sobre la vida laboral y extralaboral, debido a que el poder de control social que ejercía la Iglesia dentro de la sociedad antioqueña se ha debilitado y sectores crecientes de la población se alejan de su influencia.

Estas trabajadoras de la última generación presentan un gran contraste respecto a las de las generaciones anteriores. Han logrado su independencia y autonomía. Su concepción del trabajo ya no se asimila a un deber que exige sacrificios. Se percibe como una actividad necesaria para la vida y un medio para lograr metas personales que merece una remuneración justa. El poder de la familia se ha resquebrajado e interviene cada vez menos en la definición de la vida personal y laboral de las mujeres.

El aporte de este trabajo es indudable en cuanto al conocimiento de las particularidades regionales del proceso de industrialización en el país y al papel cumplido en éste por la mano de obra femenina, además de mostrar el mundo social dentro del cual se desempeñaron esas primeras obreras y la evolución de sus relaciones con la empresa y la familia hasta lograr el establecimiento de relaciones cualitativamente diferentes. Sin embargo a nivel de las conclusiones solo se trabajan tres actores sociales: empresa, familia y trabajadoras olvidando el cuarto elemento, la religión, a pesar de haber estado presente a través de todo el trabajo. También se echa de menos un contexto más amplio que hubiera permitido ligar lo sucedido en Bello con otros casos a nivel regional.

María Margarita Montoya D.
*Estudiante de la Maestría de Historia
Universidad Nacional de Colombia*